
Ilusoria Más Enferma

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8921

Título: Ilusoria Más Enferma

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento

Editor: Brian

Fecha de creación: 25 de junio de 2026

Fecha de modificación: 25 de junio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Ilusoria Más Enferma

El cielo está gris, el horizonte austero, la copa vacía.

—Miras, ¡oh Lydia! hacia lo lejos y te aburres. Dejemos la mesa. Estos vinos son malos; además, se han agotado. Estás cansada. ¿Sientes cómo cae la lluvia sobre los vidrios?... ¡Sí, tú también sientes cómo cae la lluvia sobre los cristales! La estufa se ha apagado y tienes frío. ¿Estas enferma? Iré a buscar a Hipócrates. Pero no; veo bien que te fatiga la conversación. Dejemos la mesa.

Aristóbulo se hunde en el triclinio, jugando con el lebril, mientras Lydia va a sentarse junto a la ventana: ¿enferma? no; pálida nada más.

La lluvia continúa golpeando en los vidrios. La luz, de una frialdad líquida, está asomada lívidamente a los cristales.

El Parthenón se esponja a lo lejos, en la niebla, en un fantástico y brumoso hinchamiento de mármol.

Son las cinco. Sigue lloviendo. Como no han cambiado la posición, las miradas de Lydia van siempre a través del agua.

Aristóbulo se levanta. Lydia le siente y se estremece.

¿Acaso ha dejado de mirar a lo lejos?...

Está a su lado. Aristóbulo mira a Lydia y Lydia a Aristóbulo.

El Parthenón se disuelve en la noche helénica e inclemente... ¡Athenas! ¡Athenas!

—¿Qué hay entre nosotros, Lydia, que no vienes a mi lado?... Pero me amas, no es verdad?

Pasa sus brazos alrededor del cuello de Lydia y una intensa dulzura Crispa los dedos del joven ateniense.

—¡Sí!... ¡tú me amas, Lydia! ¿Pudiera ser de otro modo?... (Aristóbulo sonríe siempre y Lydia se oprime dolorosamente contra su pecho.)

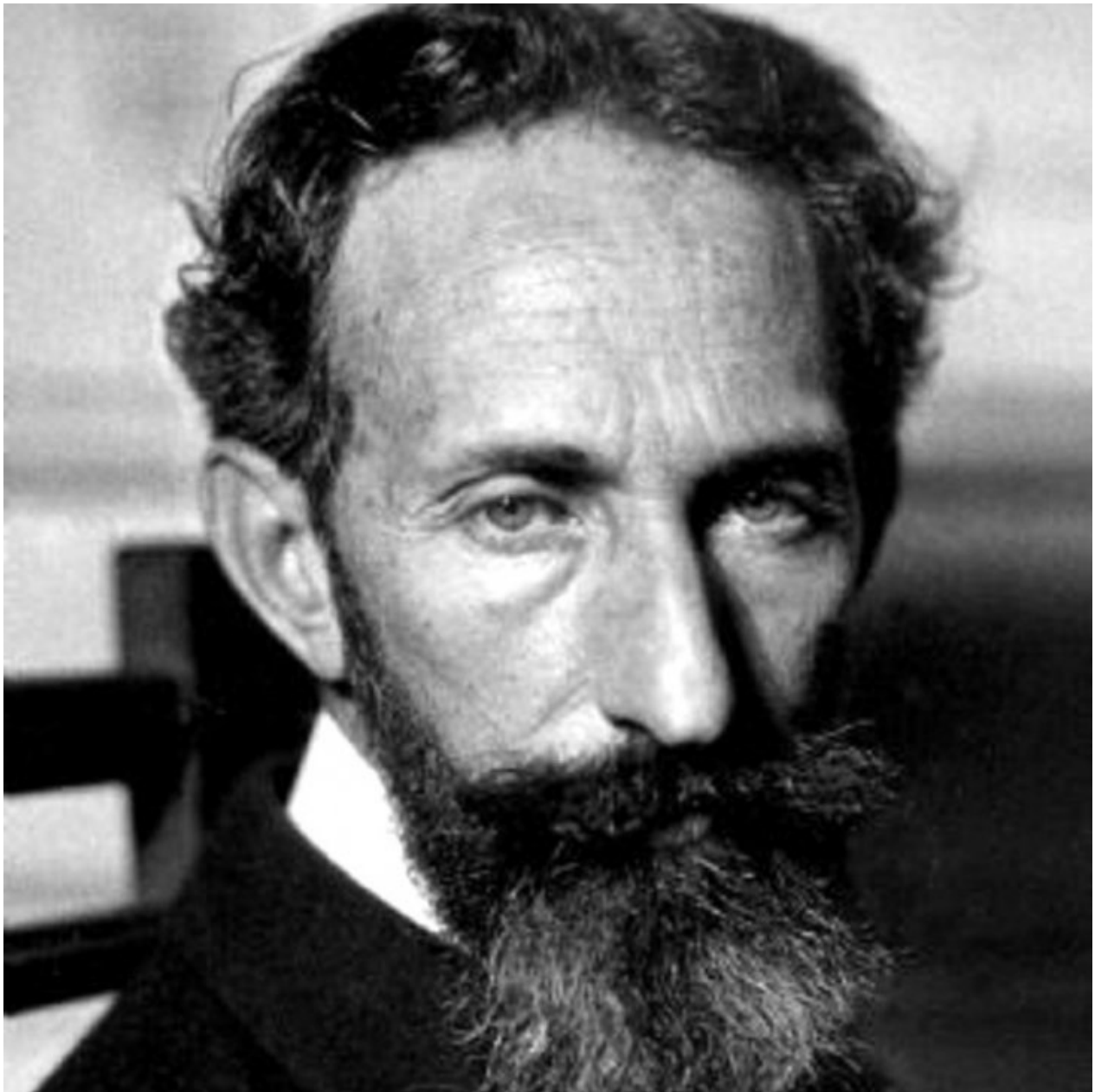
—¡Insensato! ¡Cómo siento tu ternura entre mis brazos! Siempre a tu lado, ¿verdad?

(Los dedos se cierran Insensiblemente.)

—¡Siempre a mi lado! ¡Cuanto nos amamos, Lydia! Y aunque estés tan pálida, que pareces dormir, veo que me amas deliciosamente. ¿No es así? ¡Si tu no puedes dejar de amarme!...

Y prosigue el atroz estrangulamiento, tan dulce, tan aristocrático, tan suave, que Aristóbulo acaricia aún con sus manos el tibio descendimiento de Lydia —tal vez muerta pero impasible—, en cuya garganta dolorida ha depuesto cinco helados besos de pasión.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)